

IMPORTANTE: AL PÚBLICO

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de Abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los kioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA,
DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferréz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRÚN

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRAS

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 213

25 cts.



EL SOBRINO
DE AUSTRALIA

POR
ROD LA ROCQUE, etc.
FilmoTeca
de Catalunya

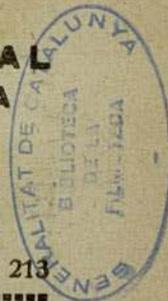


LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 213



El Sobrino de Australia

Emocionante comedia dramática

Super-producción PRODISCO, interpretada por los famosos artistas ROD LA ROCQUE (Enrique Burden), JETTA COUDAL (Princesa Nadia), NOAH BEERY (Rosinsky), etc.

Producers Distributing Corporation

Dirección: CECIL B. DE MILLE

Distribuidores para España

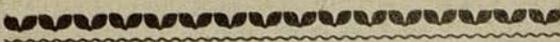
JULIO - CESAR, S. A.

Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

BLANCHE MONTEL



El Sobrino de Australia

Argumento de la película

En Australia.

Enrique Burden, hijo de un rico hacendero muerto en la Isla era, cuando apenas si había llegado a su mayoría de edad, dueño de una inmensa hacienda, pero nacido y criado en Australia, no conocía del mundo más que el espléndido rincón virgen de la Oceanía que le viera nacer.

Por los extensos campos de su propiedad se dispersaba el numeroso ganado, a cuyo cuidado estaban empleados recios hombres.

En la cantina de la explotación ganadera, el cocinero daba, aquel día, los últimos toques al yantar; y cuando salió fuera de la cabaña, para avisar a los jornaleros con ondulantes y sonoros golpes en un disco de metal, Enrique, que le vió desde lejos, se dispuso a darle un susto.

Cogió el joven dueño de la hacienda una especie de media luna de madera, y apuntóla en dirección del cocinero.

Esa media luna se llamaba "boomerang". Esto es un arma de madera afilada, peculiar de los indígenas de Australia, que tiene la particularidad de volver a la mano de quien la arroja, después de describir una cortante parábola.

Al partir el arma de la mano de Enrique, fué a arrancar el gorro del cocinero, quedándose el buen hombre como quien ve visiones, para risa de los jornaleros.

Durante la comida, siempre amenizada por el buen humor general que Enrique procuraba provocar con su democrática conducta respecto a su gente, recibió el correo.

Noticias de los familiares para algunos. Alegrías... algunas penas inevitables, como suele darlas la vida... Caricias de la novia para otros... Esperanzas... En fin... todo lo que trae un correo.

También había algo para Enrique.

¡Caramba! ¡Qué raro! ¡Quién se acordaba de él! ¡Algún trabajador ausente que soliecitaba el reingreso? Nada de eso. La carta procedía de muy lejos. La letra del sobre era firme, regular. No era de un jornalero.

—Con vuestro permiso, amigos—dijo a sus hombres.

Y leyó la carta, sin moverse de su sitio en la larga mesa común.

Decía el escrito:

Mi querido amigo:

Recuerdo a usted que su madre manifestó en

4
vida el deseo de que visitase una temporada a su tío David Fontenay en su quinta "Las Rocas" de La Riviera, para aprender algo de los hábitos y usos de la buena sociedad y del mundo civilizado. Puesto que la hacienda de usted en ese país, marcha prósperamente y tiene buenos administradores, creo obrar bien aconsejándole que ha llegado el momento de que cumpla la última voluntad de su madre.

Su notario y amigo

J. S. Jonhson

Enrique reflexionó unos instantes, y dijo luego a sus amigos, decidido a marcharse:

—Muchachos; pronto voy a dejaros para ir al país de la elegancia, a La Riviera, allá en Italia.

—¿De veras?—preguntó atónito uno de los de más confianza.

—No os preocupéis. Os mandaré agua de Colonia.

—¿De modo que nos va a abandonar, eh?—dijo otro.

—Es una obligación que tengo, muchachos. Bien sabéis vosotros el cariño que me une a esta tierra, mi tierra. Y, decidme; ¿qué es lo que venden en aquel país? ¿Hay ganado de cuernos?

La pregunta del inocente muchacho fué coronada de risas.

—¿Por qué os burláis de ese modo?

—En hablando de cuernos, Enrique, no podemos menos de echarnos a reír... Nosotros

5
nos comprendemos... y bailamos solos... En cuanto a si allá en Italia también hay ese ganado, dígame que sí, y no sólo de cuerno, sino de pezuña también; pero llevan la lana teñida de colorines—contestóle Tom, su mejor patata y el más viejo de todos.

—Bueno. Haya lo que haya, me gustará verlo.

Y Enrique partió de Australia hacia la bella Italia, el mundo moderno.

La gente adinerada y ociosa procedente de todos los países del mundo, se exhibía en La Riviera, risueño escenario de la lírica nación, a la moda.

El estudio de David Fontenay, tío de Enrique, viejo pintor mundano, era el punto de reunión de la sociedad elegante.

El artista tenía ya regular edad, pero su talento atraía a las mujeres como la miel a las abejas. Era considerado como un honor el poseer un lienzo de este émulo de Miguel Angel.

El retrato que el pintor estaba haciendo a la sazón era el de la princesa Nadia Ramiroff, de Rusia, huída de la catástrofe de su país.

La ilustre aristócrata, dotada de espléndida hermosura, radiante de juventud, causaba admiración entre los elegantes.

Por envidia o con razón estaba rodeada de cierto prestigio misterioso, con la fama de haber encendido muchos corazones.

Entre las asiduas concurrentes al taller del artista, contábase la duquesa de Perth, hija

del "Rey del Salchichón", de Chicago, llamada en La Riviera "la ballena sentimental", que había aportado a su noble esposo diez millones de dólares y un corazón desbordante.

A la legua se cehaba de ver que "la ballena" se consumía en el fuego de la irresistible simpatía que le inspiraba el pintor; y su mayor



Otro inseparable admirador del artista lo era el rancio aristócrata Juanito Hamilton. La Princesa le tenía poco menos que loco.

afán era "posar" ante él para que le hiciera su retrato.

Pero para David no llegaba nunca el momento oportuno para ponerse a la ejecución

del deseo de su admiradora, a la que quisiera perder de vista... por lo pesada que era. ¡Además, no así como así iba a encontrar tela suficiente para plasmar en ella las dilatadas formas de la niña del salchichón!

Otro inseparable admirador del artista lo era el rancio aristócrata Juanito Hamilton, cuya única ocupación consistía en olvidar los años que llevaba encima. La Princesa le tenía poco menos que loco. ¡Qué bella la encontraba! ¡Qué ojos más a propósito para comérselos a besos! ¡Qué boquita más chiquirritina! ¡Qué piecitos más remoninos! ¡Qué ventanillitas tenía su naricita!

Decididamente, el viejo verde sería muy capaz de vender su alma al diablo por tener derechos privados sobre la irresistible rusa.

Pero la Princesa, como digna moscovita, era fría... mucho más que fría... un hielo... un *iceberg* terrestre.



Un buen día presentóse Enrique en el taller de su tío, a quien no conocía y del que tampoco era conocido más que por referencias.

La concurrencia que había en el taller era selecta, como de costumbre.

Hallábanse en él la Princesa, el viejo aristócrata y "la ballena sentimental", entre otros.

Al llegar allí, Enrique se dijo:

—Ya estoy metido en el gran mundo.

Pero en su confesión había un deje de melancolía. ¡Qué distinto era todo aquello de sus inmensas planicies!

Los invitados miraron extrañados al inesperado forastero, preguntándose unos a otros quién era.

La primera "figura moderna" en que Enrique se fijó fué la Princesa. Al verla ataviada al estilo de la nobleza de su país, se preguntó por qué diablos se ponían tantos perifollos las mujeres.

David, no sospechando que Enrique era su sobrino, le miró con despreciativa actitud no explicándose su presencia en su taller, vestido como un pueblerino en día de fiesta mayor.

—¿Quién es usted, y qué hace usted aquí?

—Soy su sobrino Enrique Burden, el de Australia.

—¿Usted mi sobrino? Hombre, pues cualquiera lo diría...

La noble rusa jugaba con un tití, y como éste escapósele, yendo a colocarse en el borde superior de una de las hojas de la puerta de cristales que servía de entrada al taller, ni corto ni perezoso Enrique se encargó de apoderarse del atrevido mico, anticipán-

dose a ello al viejo aristócrata y a su propio tío, que se apresuraron a ir a buscar una escalera de mano para facilitar su idea de dar caza al animalillo.

El tío censuró a Enrique por sus maneras poco finas, y la Princesa, comprendiendo la aflicción que debía sentir el australiano al re-



La primera "figura moderna" en que Enrique se fijó, fué la Princesa.

conocer que ni su propio pariente tenía en cuenta que él no conocía el nuevo mundo que pisaba, intercedió en su favor cerca del artista.

—No regañe usted a su sobrino. Yo le encuentro muy original.

Enrique había advertido ya la hermosura de la Princesa, y sus ojos no recordaban haber visto, ni en imágenes siquiera, un rostro tan atrayente como el suyo. No osaba mirarla. Ante ella se consideraba infinitamente pequeño.

—No debí moverme de Australia, ahora lo comprendo—murmuró ante la Princesa, que le miraba con piedad.

—¿Por qué dice usted eso? Todos los principios son malos, amigo mío... y usted, como todos, se acostumbrará a lo que hoy le parece un imposible.

Pero los amigos de divertirse a costa de los demás abundan en todas partes, y el viejo aristócrata que perdía el seso por la Princesa fué uno de los invitados, que trataron de mortificar con ridículo tras ridículo a Enrique.

—¿Qué cositas trae usted de Australia?

Enrique, por un explicable deseo de lucir su habilidad en el manejo del "boomerang", sacó algunos de una maleta, y dijo:

—Esto es un instrumento manso como una oveja. Verán ustedes cómo vuelve a mis manos...

Y ¡zas! ¡zas! una tras de otra giraron sobre las cabezas de los invitados las medias lunas de madera, asustandoles el temor de que ello fuera una bromita pesada del forastero.

—¡Este salvaje por poco me afeita la cabeza con su cuchilla volante!—exclamó el viejo aristócrata delante de David.

Y éste, indignado, no sabía cómo hacer cesar el peligroso juego de su en mala hora huésped por deber de pariente.

Y cuando Enrique puso fin a su exhibición



—¿Por qué dice usted eso? Todos los principios son malos, amigo mío...

de ondas "boomerangnianas", el sudor corría por la frente del airado tío y del viejo verde, sin contar a nadie más.

La Princesa era la única que había visto lle-

gar con simpatía a Enrique; y la extrañeza de la gente no fué poca al comprobar que ella no se separaba de su lado, complaciéndose en sus explicaciones acerca de su vida en Australia.

Uno de los invitados leía, rodeado de algunas amistades, una noticia trágica publicada por los periódicos.

Un sportman muy conocido—decía el diario—, Pierre Capelli, ha muerto misteriosamente a bordo de su yate. Parece que estaba enamorado de la princesa Nadia Ramiroff.

Este es el tercer admirador que muere. Decididamente, hacer el amor a la Princesa es flirtear con la funeraria.

—¿Qué les parece a ustedes? Esa mujer es un enigma. Y ahí la tienen con ese bobo de australiano, Dios sabe con qué intenciones—comentó el citado lector.

En aquel momento, presentóse en los salones del pintor un tal Demetrio Rosinsky, personaje desconocido y siniestro, admitido entre los elegantes por su boato y osadía.

De primera impresión, ese sujeto era altamente antipático. Altivo y soberbio, no inspiraba confianza. Tratado, resultaba peor. Su alma estaba templada en su despotismo.

Rosinsky dirigióse directamente hacia donde estaba la Princesa, y al alcanzarla, inclinóse reverenciosamente ante ella, y le besó la

mano, no perdiendo este agradable detalle, para otra ocasión, el incauto Enrique.

La Princesa había disimulado un gesto de disgusto al ver aparecer a Rosinsky, y procuraba, estando él a su lado, delante de la gente, que no trascendiera a su exterior el enojo que le causaba su compañía.

Rosinsky saludó también a Enrique, puesto que éste estaba entonces con la Princesa; y el australiano, al fijarse en que el desconocido llevaba un pendiente en una oreja, se echó a reír con toda su alma, y comentó:

—¡Qué curioso! ¡Un hombre con pendientes!

Rosinsky dominó sus nervios, que acostumbraban exaltarse, y respondió al que hacía burla de sus adornos faciales:

—Los pendientes y la cortesía son costumbres de mi país, caballero.

Enrique comprendió su metida de pata, pero como no había puesto mala intención en su broma... no se arrepentía demasiado de haberla hecho. En adelante no se fijaría en detalles de esa clase, aunque viese a un hombre con corsé y un faldero en la mano.

Al alejarse Rosinsky de la Princesa, ésta, temblorosa, advirtió a Enrique:

—Tenga usted cuidado. Ese señor se enoja pronto y su enojo es mortal...

El interés que le había demostrado la Princesa había admirado a Enrique, y deseoso de

saber quién era ella, se lo preguntó al viejo aristócrata.

—Esa señora es la princesa Nadia Ramiroff, de Rusia.

—¡Arrea! ¿Una Princesa? Pero, ¿de verdad? ¡Si lo viera Tom!...

Y al pronunciar este nombre, Enrique cerró los ojos para contemplar en su clara imaginación sus praderas, sus amigos... su tierra amada... pero algo velaba los bellos paisajes... algo magnífico... embriagador...

...El recuerdo de la Princesa.

*
* *

Dos meses después, el sobrino de Australia, sometido a todas las transformaciones de la moda, según los cánones rigurosos de su tío, no acababa de dejar el pelo de la dehesa libre y selvática donde nació.

El viejo aristócrata se había convertido en su maestro de ceremonia. No le dejaba a sol ni a sombra. Las molestias que se tomaba con él tenían doble motivo. Primero, para ir con un buen mozo, que atraía a las lindas ninfas,

que eran su flaco, y en segundo lugar, por complacer a su amigo el pintor.

Enrique se esforzaba en imitar los estudiados gestos de su preceptor gratuito; pero de vez en cuando cometía alguna que otra torpeza. Era duro aprender a ser "elegante".

Pero por quien más interés tenía Enrique en convertirse en un hombre "chic", era por la Princesa, a la que le llevaba un sentimiento jamás experimentado por él y que acrecía al correr de los días.

Cierta tarde, el viejo aristócrata y Enrique fueron al "Galeón de Oro", lugar marítimo de esparcimiento y de placer donde los elegantes se reunían a tomar el te.

El pintor también había ido allí, y tuvo la maldita suerte de encontrar a "la ballena sentimental", que estaba dispuesta a comérselo como un vulgar pez.

La romántica salchichonera se parecía por el tío de Enrique. A pesar de sus años, le encontraba seductor, enloquecedor. ¡Por él, cuando quisiera, como quisiera, se divorciaba de su marido! ¡Ella era artista también!

—David; ¿por qué no me mira usted sentimentalmente, como los artistas saben mirar? —le decía suplicante en aquellos momentos entre sorbito y sorbito de helado de fresa.

Y David, tentado solamente por el dinero de la "ballena", se sacrificaba haciendo el hipócrita con ella.

La Princesa ocupaba un velador hacia la popa del galeón, mirando al mar.

Enrique, al verla, no pudo resistir al deseo de reunírsele, y cuando lo hizo, prescindiendo de la compañía del viejo aristócrata, descubrió en los ojos de ella el brillo de la alegría.

Se habían visto a menudo, y su simpatía convirtiéndose paulatinamente en verdadero amor.

—¿Empieza usted a encontrar este país tan interesante como su amada Australia?— preguntóle ella sonriente, incitándole con la mirada a confesarle la verdad.

—¡Oh, en Australia no hay hermosas Princesas, como aquí!...

—¿No? ¡Qué raro!

—Las Princesas hermosas son escasas, muy escasas... Yo no conozco más que a una... y no puede haber otra más hermosa...

—Usted no conoce el mundo... Usted no sabe aún lo que es la verdadera hermosura...

—Princesita de los ojos bellos, dichoso me considero yo con haberla visto, y ciego aceptaré quedarme, si la luz de esas dulces miradas aceptase ser mi guía para siempre...

—Los aires de La Riviera le han vuelto poeta, señor Burden... Pero me place escucharle... Tienen sus palabras un sonido tan sincero...

—Es mi corazón el que habla, Princesa... Jamás supe expresarme de este modo... aun-

que, en verdad, jamás conocí a una mujer como usted...

—Claro... Como en Australia no hay Princesas...

—Búrlese de mí, si quiere, porque todo en usted me es grato.

Enrique, apasionado, cogió las manos de la Princesa, y las estrechó entre las suyas. Tropezó con un brazaletes, y le examinó curiosamente.

—¿Le gusta esta joya? Es un recuerdo de familia.

Ella se quitó dicho brazaletes, y como Enrique se fijaba con insistencia en una inscripción, en caracteres desconocidos para él, se la tradujo:

—Quiere decir: "No me abandones jamás".

—"No me abandones jamás"—repitió Enrique como soñando—. ¿Quién podría abandonar a usted?

El idilio parecía no tener fin; pero unos ojos por los que asomaba la ira, cansáronse de espiar, y su dueño encargóse de interrumpirlo.

Ese era Rosinsky, que se hallaba en otro velador, solo. La mutua atracción de que se daban pruebas la Princesa y Enrique le era altamente desagradable, y no la podía tolerar. Mandó a un camarero con un recado a la Princesa. Este recado consistía en entregarle un papelito.

La encantadora rusa desdobló dicho papel,

y al leer lo que en él había escrito, palideció y sus miradas buscaron al que mandara traérselo.

Rosinsky, sonriéndole, saludóla desde su velador y, en rápida transición, frunció el ceño, amenazador.

La Princesa releyó el papel, sin que Enrique viese su turbación, y su contenido le dictó una resolución que pondría en práctica en el acto.

El precitado papel era un recorte de periódico con esta noticia:

Ha sido asesinado otro pretendiente de la princesa Ramiroff, el conde Dimiricz, que trataba de llevarla a Rusia...

Sí, sí. Debía separarse de Enrique. Olvidar que había llegado a amarle. El sacrificio que su renuncia representaba, tornó pálidas como la muerte sus lindas mejillas.

Enrique, al volverse a ella, después de contemplar, por discreción, un tanto apartado, el espectáculo del sol cayendo sobre el mar allá en lo infinito, reparó en la demacración del rostro de la Princesa y, amoroso, preguntóle la causa:

—Nadia, ¿qué tiene usted?

La Princesa se sobrepuso a su emoción, y falseó sus sentimientos:

—Caballero; yo no he autorizado a usted para llamarme por mi nombre, tan familiar-

mente... Usted me obliga a recordarle la distancia que nos separa...

Desconcertado, Enrique se disculpó:

—Perdón, Princesa; yo no he querido ofender a usted...

Ella no le permitió darle explicaciones, y salió del "Galeón de Oro", alejándose por la playa.

Rosinsky la siguió y, al alcanzarla, así hablaron:

—¿No quiere usted permitirme ser feliz siquiera un momento?

—Señora; ¿por qué busca usted la felicidad tan lejos teniéndola a la mano?

—Porque esa felicidad que usted me brinda no la querré nunca.

—Ya sabe usted lo caro que cuesta a los hombres el que usted se obstine en mirarlos tiernamente con sus bellos ojos. No se olvide de su situación, porque mi paciencia se acaba... Esto es sólo una advertencia para su joven salvaje.

—¡Es intolerable! En todas partes ve usted enamorados y pretendientes. ¡Si yo apenas conozco a ese joven!...

—Está bien. Entonces basta de esperas y venga conmigo.

—No. Con usted, nunca. ¡Nunca!

—¡Pues ha de ser!

Rosinsky trataba de dominar la resistencia de la Princesa, forcejeando con ella, que rehuía su contacto.

En el galeón-bar, Enrique trataba de explicarse por qué la Princesa había dejado encima de un sillón de mimbre el brazaletes que él contemplara un poco antes y cuya inscripción ella le tradujo; y creyendo que ello indicaba un ruego suyo de no abandonarla jamás, jurábase acatar ese deseo, aun a riesgo de su vida, si conviniera.

Y ocurrió que Enrique, presenciando la disputa que sostenían Rosinsky y la Princesa, a la que el misterioso personaje trataba duramente, no titubeó en acudir en defensa de ella.

Dos hombres habían estado espionando a Enrique y, al verle dirigirse hacia Rosinsky, resuelto a presentarle batalla, le siguieron. Eran dos amigos del extraño sujeto.

Rosinsky no sospechaba la intromisión de Enrique en sus asuntos particulares, y su sorpresa y deseo de vengarse fueron tan extraordinarios como el temor de la Princesa por la suerte del hombre que ella había legado a amar sinceramente.

Enrique no llevaba armas. Le bastaban los puños; pero Rosinsky, desenvainando un bastón de estoque que le proporcionaron sus cómplices, le contuvo a prudente distancia.

—Retire usted ese asador de cocinero y batámonos como los hombres, a puñetazos— le dijo Enrique.

—Yo sólo me bato con mis iguales. Mas quiero darle una lección.

Y como sus dos sicarios le guardaban las espaldas, Rosinsky hizo filigranas con el estoque acompañándose con burlas.

—¿Ve usted? Al cuello. Ahora, a la corbata. Es muy divertido, ¿verdad?

Enrique rabiaba ante su impotencia de contestar con los puños a su adversario y, sin medir sus impulsos, intentó desarmarle, cortándose sin proferir queja alguna, y exponiéndose a una muerte segura. Rosinsky no perdía ocasión de pinchar, y cuando Enrique, agotadas sus furias de lobo en defensa de la mujer amada, cayó rendido sobre unas rocas, Rosinsky, riéndose cínicamente, despidióse de él con este aviso:

—La próxima vez, amiguito, no me contentaré con esto. Sírvale de advertencia.

Jadeante, herido en el cuerpo y en el alma, Enrique miró con odio al miserable cobarde, y su mayor placer sería vengarse en relación con la ofensa que le había inferido delante de la Princesa.

Esta pasó momentos de terrible angustia, no pudiendo hacer nada en ayuda de Enrique.

Rosinsky, al alejarse con sus dos sicarios, también le dió a ella un consejo.

—El interés que demuestra usted por ese joven es peligroso para él y para usted. Le doy a usted el último plazo hasta la noche del Carnaval para reunirse conmigo como es su obligación...

La Princesa pronunció entre dientes una

maldición, y tan pronto como pudo hacerlo se reunió con Enrique, cuyo valor, por su causa, agradeció emocionada, lamentando hondamente lo sucedido.

Enrique ocultó su sufrimiento para sonreír a la Princesa, y le preguntó, mostrándole el recuerdo familiar:



Enrique no llevaba armas. Le bastaban los puños.

—¿Qué me quiso usted decir al dejarme este brazaletе?

—Ya se lo diré más adelante, pobre amigo

mío. Ahora lo que interesa es curar sus heridas.

Y ella misma, con ternuras de novia, hizo de enfermera.



Llegó la noche del Carnaval.

Demetrio Rosinsky había adquirido en un islote apartado de La Riviera un viejo castillo que había hecho restaurar suntuosamente.

Dió órdenes a su gente, para llevar a cabo un plan que había forjado respecto a la Princesa. Se trataba de raptarla y conducirla a dicho castillo. Una canoa automóvil estaría dispuesta en el mar.

Enrique había sido dado de alta aquel día por el doctor, pero imponiéndole la condición de no hacer locuras, olvidándose por completo de las fiestas del Carnaval.

El consejo, fácil de dar, era de difícil obediencia, pues si la Princesa asistía al baile, ¿podría Enrique resistir a la tentación de verla?

La Princesa estaba ya en la fiesta, meditando en el jardín. ¡Qué horrible era pensar que Rosinsky iba a presentarse para exigirle que le siguiese!

Katya, la anciana nodriza de la Princesa, enterada de las exigencias de Rosinsky, vió a Enrique, y le dijo, alarmada:



—Ahora lo que interesa es curar sus heridas.

—Yo sé que la Princesa ha de partir esta noche con Rosinsky para evitar a usted un peligro que le amenaza.

¡Oh! ¡Sacrificarse Nadia por él! ¡No lo de-

bía consentir! ¡Ah, si el villano pudiera caer en sus manos!

Buscó a Nadia en la fiesta. ¡Qué ansiedad! No la encontraba en ninguna parte. Al fin dió con ella en el jardín.

—¿Por qué ha venido usted?—reprochóle dulcemente ella.

—Ya ve usted, estoy a su lado, así, tal como estaba en mis habitaciones... porque sabía que usted me necesitaba. Yo he jurado protegerla, y cumpliré mi juramento.

—Tengo miedo, mi buen australiano, miedo por usted...

—¿Miedo de Rosinsky? ¡Oh, Princesa! Sólo hay una cosa que me interesa en el mundo, y es que yo la amo a usted y no he de dar cuenta de ello a ese Rosinsky.

—¡Pobre amigo mío! No sabe usted la verdad. Rosinsky pretende ser mi marido.

—¿Su marido!

—Sí... Escúcheme usted... Rosinsky vino de Bulgaria a Rusia en el período más terrible de la revolución soviética. Consiguió gran predicamento entre los terroristas. Prometió salvar a mi familia, y el precio era casarme con él. Me resistí, y él, comprando y falsificando documentos, ha podido simular un matrimonio legal que en realidad no existe. A pesar de sus promesas, mi familia fué ejecutada, y yo pude escapar con Katya de las garras de ese monstruo antes de que me obligaran a unirme con él. Desde entonces me per-

sigue alegando derechos de marido, sólo para ostentarme como una joya. Si llegó a averiguar que le amo a usted, le matará sin remedio.

—¡Nadia, por todo lo que has sufrido, por lo buena que eres, yo te adoro, y no te dejaré partir con ese chacal!

La traición acechaba. Rosinsky descontaba la presencia de Enrique con la Princesa, y la oposición de éste a su partida. Por esa razón había confiado la misión del rapto a sus sicarios, dirigidos personalmente por él, por lo que pudiera ocurrir.

Y cuando los dos enamorados, tras de la confesión de su amor, prometíanse no abandonar, dos de los asalariados de Rosinsky se apoderaron de la Princesa, obligándola a ponerse un disfraz, que representaba una vieja con una cabeza de cartón enorme, y un tercero se encargaba de luchar con Enrique.

Rosinsky y sus dos mercenarios, también disfrazados, llevando del brazo, a la fuerza, a la Princesa, atravesaron el salón, sin que la presencia del misterioso búlgaro llamase más que de ordinario la atención de la gente, pues lejos estaban todos de suponer que raptaba a la Princesa.

Enrique, a pesar de que sus heridas reclamaban aún mucho reposo, luchaba desesperadamente con el asesino que le había destinado Rosinsky, y su afán de salvar a la Princesa centuplicaba sus energías.

Acogotando en tierra a su enemigo, le amenazó de muerte si no le decía en seguida a dónde había llevado Rosinsky a Nadia, y cuáles eran los medios más rápidos para llegar hasta ella.

El miserable, perdido sin remisión, cantó de plano, y Enrique le dejó por muerto, cuando se le presentaron su tío, "la bailena sentimental" y el viejo aristócrata.

—¿Qué pasa?—inquirió el tío.

—¡Rosinsky ha secuestrado a la Princesa!—gritó el sobrino echando a correr en dirección al mar.

Aquí apoderóse Enrique de una lancha automóvil, y dirigióse hacia el castillo, en el que acababan de llegar Rosinsky y su presa, quedando fuera, de vigilancia, los dos sicarios que la raptaron por su cuenta.

—Quítate el abrigo, amor mío. Estás aquí en tu casa—le dijo Rosinsky a su supuesta mujer cuando entraron en el castillo.

—Querrá usted decir mi cárcel—contestó ella apartándose con repulsión.

—Pareces fatigada, querida mía. Ven, que nuestro nido ya está preparado.

—¿Será usted capaz de cometer semejante infamia?

—¡Ah! ¿no es de su agrado, Princesa? Si prefiera usted una habitación aparte, también está dispuesta. Véala.

Le mostró un subterráneo.

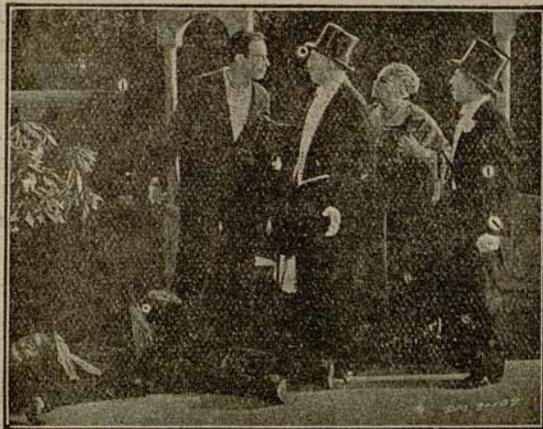
—¿Qué va usted a hacer?

—Comprendo que es usted muy difícil de convencer, y voy a proporcionarle el medio de cambiar de opinión. Mi primera mujer también sufrió esta prueba.

—A pesar de todo, nada conseguirá usted.

—Es lo que vamos a ver.

Rosinsky encerró a la linda Princesa en el



—¡Rosinsky ha secuestrado a la Princesa!

subterráneo, y abrió una llave de paso del agua del mar.

Horrorizada, la Princesa esperaba la muerte, no dispuesta a entregarse a las garras del aborrecido enemigo.

Las aguas entraban furiosamente en el subterráneo, y cuando cubrían casi por entero a la Princesa, Rosinsky, al verla desmayada, la sacó de allí, confiando que en adelante no se negaría a sus pretensiones.

Enrique llegaba al pie del castillo, pero la guardia puesta a la puerta del mismo tenía que ser derribada, y como no llevaba armas, inspiróle el recuerdo del *boomerang*, al encontrar en la canoa automóvil que utilizó Rosinsky, dos arrimaderos, o sea, dos palos formando gancho para arrimar las embarcaciones al desembarcadero, y rompiendo dichos palos en su parte representando media luna, los esgrimió como auténticas armas australianas, y lanzólos con tal destreza, que asestó un formidable golpe en las sienes a cada uno de aquellos guardianes, poniéndoles fuera de combate.

Libre el paso, entró en el castillo, cuando Rosinsky tornaba en sí a la Princesa, y arremetiendo contra él con la furia de la venganza, le derribó con los puños; y al tenerle en tierra, bromeó como el vencido lo hiciera con él en otra ocasión.

—Verá usted qué bien recuerdo su lección. Al cuello; ahora, a la corbata... Yo no me bato más que con mis iguales y a la vista está que usted se halla debajo de mí.

Enrique le daba aún ocasión a su rival de defenderse, pues tenía unos deseos inmensos de batirse con armas nobles con él y, en su

ceguera, Rosinsky cayó al subterráneo, y en su caída, su cuerpo hizo funcionar la combinación de la puerta, enterrándose él mismo en su tumba.

El tío de Enrique, "la bal'ena sentimental" y el viejo aristócrata llegaron con fuerzas en aquellos momentos, y su asombro no fué vulgar al ver abrazado al australiano con la Princesa, proclamando de tan magnífica manera que en amor no hay distancias, sino nobleza, corazón, labios de mujer que llevan a las más temerarias empresas...

¿Qué dirían los muchachos de las praderas al enterarse de la aventura de su jefe? ¡Menudo apuro tendrían todos cuando tuvieran que asistir a la boda! A buen seguro que preferirían declararse en huelga a ponerse cuello planchado.

FIN

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO:
EXTRAORDINARIO

Viernes, día 30 de Abril

La emocionante novela

¡HOMICIDA!

Maravillosa interpretación de
LEATRICE JOY, THOMAS
MEIGHAN, etc.

Éxito sin igual en el Coliseum, de Barcelona.
Numerosas fotografías — 64 páginas

Postal fotografía regalo:

Richard Talmadge

Compre usted el mismo viernes próximo
este precioso número EXTRAORDINARIO.

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

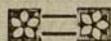
Sale todos los miércoles — Precio: 25 cts.
Siempre las mejores películas

HA APARECIDO Y SE
HA AGOTADO

Nobleza baturra

Precio : 50 CÉNTIMOS

64 páginas - Portada bicolor



Próximo número:

Un acontecimiento más

Cenizas de odio

la mejor producción de

NORMA TALMADGE

«*LOS GRANDES FILMS*»

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA